

Fernando Pessoa

Oda marítima de Alvaro Campos

Solo, en el muelle desierto, en esta mañana de verano,
miro hacia la entrada del puerto, miro hacia lo Indefinido,
miro y me alegra ver
negro y claro, pequeño, un paquebote entrando.
Viene lejos, nítido, clásico a su manera.
Distante, en el aire lo sigue la vana orla de su humo.
Viene entrando y la mañana entra con él
y en el río,
aquí, allá, despierta la vida marítima,
se izan velas, avanzan remolcadores,
surgen barcos pequeños detrás de las naves que están en el
puerto.
Hay una tenue brisa.
Y mi alma se une con lo que apenas distingo,
con el paquebote que entra,
porque él está con la distancia, con la mañana,
con el sentido marítimo de esta hora,
con la dolorosa dulzura que me sube como náusea,
como un principio de furia en el espíritu.
Miro a lo lejos el paquebote,
independiente del alma,
y dentro de mí un volante comienza a girar, lentamente.
Los paquebotes que entran de mañana en el puerto
traen ante mis ojos

el misterio alegre y triste de quien llega y parte.
Traen una memoria de muelles y momentos distantes,
puentes que conducen hacia otra humanidad.
Todo el atracar, todo el desprendimiento de la nave
es —lo siento en mí como sangre—
inconscientemente simbólico,
terrible amenaza de revelaciones metafísicas
que perturban en mí al que yo fui.

Ah, todo el muelle es una soledad de piedra.
Y cuando la nave se aleja
y de pronto reparo en que se abrió un espacio
entre el muelle y la nave,
no sé por qué sufro una súbita angustia,
una niebla de tristes sentimientos
que brilla en el suelo de mis penas de hierba
como la primer ventana donde el alba golpea,
y que me envuelve como si recordara a una persona
que misteriosamente fuese mía.

Ah, ¿quién sabe, quién sabe
si antes de mí, en otro tiempo,
no partí de un muelle?
¿Si no dejé otra clase de puerto
en una nave hacia el sol oblicuo del amanecer?

**Traducción de
Carlos Montemayor**

¿Quién sabe si no dejé,
anterior al tiempo del mundo exterior
que veo raerse en mí,
un gran muelle con poca gente
de una gran ciudad despierta a medias,
enorme ciudad comercial, crecida y apopléjica,
aunque eso quede fuera del Espacio y el Tiempo?

Si, un muelle de algún modo material,
visible como muelle, veraz, realmente muelle,
el Muelle Absoluto por cuyo modelo inconscientemente imi-
tado,
insensiblemente evocado,
construimos nuestros muelles en nuestros puertos,
nuestros muelles de piedra actual sobre agua verdadera,
que después de contruidos se revelan
Cosas Reales, Hechos de Espíritu, Entidades en Piedras que
son Almas,
en la fugacidad de nuestros sentimientos de hierba o raíz,
cuando del muro exterior parece abrirse una puerta
y sin que nada se altere
todo se manifiesta diverso.

Ah, Gran Muelle donde partimos en Naciones-Navíos.
Gran Muelle Anterior, eterno y divino.
¿De qué puerto? ¿En qué mar?

oh, ¿por qué pienso esto?
Gran Muelle igual a todos los muelles, pero Único.
Lleno también de murmurantes silencios en las albas,
desabotonando con las mañanas un ruido de guindastes
y comboyes que arriban con mercaderías,
bajo la nube negra que surge, ocasional y leve,
del fondo de las chimeneas de las fábricas cercanas
y sombrea el llano de carbones pequeños que brillan
como si fuese la sombra de una nube que pasa sobre agua
sombria.

En los momentos de silencios y angustia,
¡qué esencia de misterio y de sentido
de un éxtasis divino y revelador
no es puente entre cualquier muelle y el Muelle!

Muelle que en las aguas inmóviles se refleja oscuro,
y el bullicio a bordo de las naves.
Oh alma errante e inestable de la gente que se embarca,
gente simbólica que pasa y en que nada perdura,
y que al volver la nave al puerto
ha cesado de ser la misma.
Oh ebriedad de lo diverso, idas, fugas continuas,
alma eterna de los navegantes y las navegaciones,



quilla reflejada lentamente en las aguas
cuando la nave sale del puerto.

Fluctuar como el alma de la vida; como la voz, partir,
trémulo vivir el instante sobre aguas eternas.
Despertar a días más reales que los días de Europa,
ver puertos misteriosos en la soledad del mar,
doblar cabos apartados hacia súbitos vastos paisajes
por innumerables costas atónitas...

Ah las playas distantes, los muelles vistos a los lejos.
Las playas cercanas, los muelles vistos de cerca.
El misterio de cada ida y cada arribo,
a cada hora marítima
la dolorosa inestabilidad e incompreensión
de este universo imposible, sentido en nuestra piel.
La solución absurda que nuestras almas esparcen
sobre extensiones de mares diferentes e islas lejanas,
sobre las distantes islas de las costas ya pasadas,
sobre el crecimiento nítido de los puertos, con sus casas y
gentes
hacia el barco que se aproxima.

Ah las frescas mañanas del arribo
y la palidez de las mañanas en que se parte,
cuando nuestras entrañas se contraen
y una vaga sensación semejante al miedo
—el miedo ancestral de separarse y partir,
el misterioso y ancestral recelo al arribo y lo nuevo—
nos recorre la piel y nos tortura
y todo nuestro cuerpo angustiado siente,
como si fuese alma,
un inexplicable deseo por sentir de otra manera:
una nostalgia de algo,
una zozobra del cariño ¿a qué vaga patria?
¿A qué costa? ¿A qué nave? ¿A qué muelle?
Nos duele su pensamiento
y queda por dentro un gran vacío,
una hueca saciedad de minutos marítimos,
y una vaga ansiedad que sería tedio o dolor
si supiese cómo serlo...

A pesar del verano la mañana está fresca.
Una tenue torpeza de noche perdura en el aire sacudido.
Ligeramente se apresura el volante dentro de mí
Y el paquebote viene entrando... porque así tiene que ser,
no porque lo vea avanzar en su distancia excesiva.

En mi imaginación está cerca y visible,
en toda su extensión las líneas de sus vigías,
y todo tiembla en mí, la carne y la piel,

por esa creatura que no llega en nave alguna
y que yo vine a esperar al muelle por un inexplicable

mandamiento.

Las naves que entran y salen de los puertos,
las que pasan a lo lejos
(me imagino viéndolas desde una playa desierta)
todas estas naves casi abstractas al partir,
todas me conmueven como si fueran otra cosa,
no sólo naves que parten y regresan.

Y vistas de cerca, aunque no se embarque uno en ellas,
vistas desde abajo, en los botes, murallas elevadas,
y por dentro, a través de las cámaras, de las salas, de las
despensas,
mirando de cerca los mástiles afilándose hacia lo alto,
rozando las cuerdas, descendiendo corredores incómodos,
oliendo la untada mezcla metálica y marina de todo aquello
—vistas de cerca son ellas y son otra cosa,
producen en la misma nostalgia y la misma ansiedad otra
distinta.

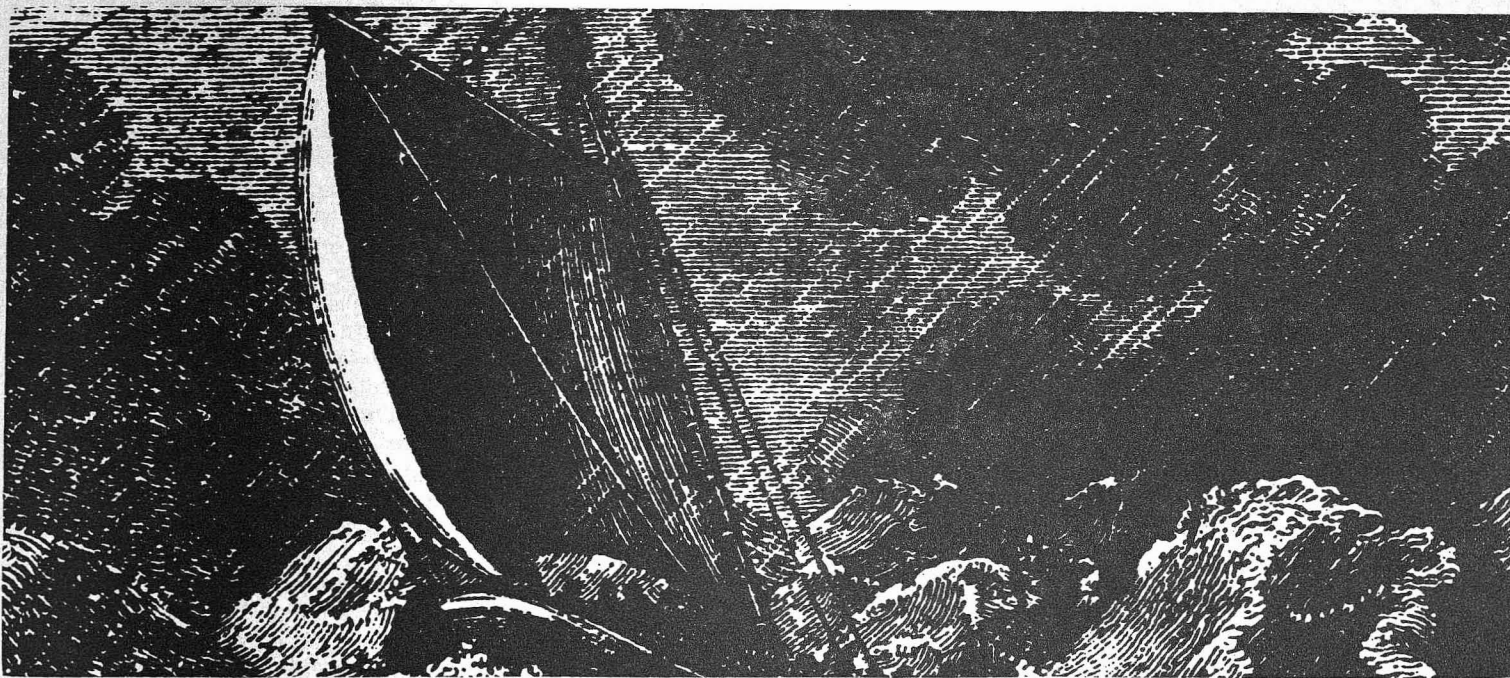
Toda la vida marítima, todo en la vida marítima,
toda esa preciosa seducción se insinúa en mi sangre
y sueño indefinidamente los viajes.
Ah, las líneas de las costas distantes, oprimidas por el hori-
zonte,
los cabos, las islas y las playas arenosas.
Soledades marinas, como los momentos del Pacífico
en que por una sugestión nacida en la escuela
uno siente en los nervios el peso de que sea el mayor de los
océanos,
y el mundo y el sabor de las cosas

se tornan un desierto dentro de nosotros.
La extensión más humana, más furiosa, del Atlántico.
El Índico, el más misterioso de los océanos.
El Mediterráneo, dulce, sin misterio alguno, clásico,
un mar que se golpea
encontrando explanadas de jardines cercanos
mirados por estatuas blancas.

Todos los mares, todos los estrechos, las bahías, los golfos,
quisiera apretarlos a mi pecho, oh sentirlos y morir.

Y ustedes, oh cosas navales, mis viejos juguetes de sueño,
fuera de mí componen mi vida interior;
quillas, mástiles y velas, guindolas y cordajes,
chimeneas de vapor, gavias, hélices, flámulas,
calderas, colectores, válvulas, galdropes y escotillas,
caen dentro de mí como se precipita en el suelo
el contenido confuso de una gaveta abierta.

Ah, sea como sea, vaya a donde vaya, partir.



Irme fuera, por las olas, por el peligro, por el mar.
Ir Lejos, hacia Fuera, a la Distancia Abstracta,
indefinidamente, por las noches hondas y misteriosas,
y como la polvareda llevado por los vientos,
entregado a los vendavales.
Ir, ir, ir, ir de una vez.
El deseo de tener alas enfurece mi sangre.
Todo mi cuerpo se arroja ante mí.
Fuera de mi imaginación me precipito en torrentes.
Clamo, me avalanzo, me atropello...
Mis ansias estallan en espuma
y mi carne son olas que se golpean contra las rocas.
Pensando en esto, oh ira, pensando en esto, oh furia,
pensando en la estrechez de mi vida llena de ansiedad,
súbita, trémula, exorbitadamente,
con una oscilación vasta, viciosa, violenta,
del volante vivo de mi imaginación,
se desata en mí, agobiante, vertiginosa, silbante,
la brama sombría y sádica del estruendo de la vida marítima.

Eh, marineros, grumetes, eh, tripulantes, pilotos.
Navegantes, marinos, hombres de mar, aventureros.
Eh, capitanes. Hombres que duermen en rudas tarimas.
Hombres que duermen en los mástiles, avistando el peligro.
Hombres que tienen la muerte por almohada.

Hombres que poseen una toldilla, que miran desde la borda
la inmensa inmensidad del mar.
Eh, manipuladores de los guindastes de carga.
Eh, amainadores de velas, fogoneros, servidumbre,
eh, los que enrollan cabos en el combés,
los que llevan la carga a las bodegas
y limpian el metal de las escotillas.
Hombres del timón y de las máquinas y de los mástiles.
Eh-eh-eh-eh-eh-eh-eh-eh-eh
Gente de playeras y bonete,
con anclas y banderas cruzadas tatuadas en el pecho.
Gente de amurada, fumadores de pipa,
oscuros de tanto sol, curtidos por tanta lluvia,
limpios de los ojos por tanta inmensidad ante ellos,
audaces por tantos vientos que sus rostros batieron con valor.

Eh-eh-eh-eh-eh-eh-eh-eh-eh
Hombres que vieron Patagonia
y pasaron por Australia,
que colmaron su mirada de costas que nunca veré
y pisaron tierra en tierras donde jamás descenderé.
Que compraron toscos artículos en colonias, adentrándose en
tierras inhóspitas,
y haciéndolo todo como si nada hicieran,
como si eso fuese natural,

Tener la audacia de las velas henchidas con el viento,
y ser el agobio de los vientos como las altas gavias,
la vieja guitarra del Fado de los mares llenos de peligros.



amantes odiados en el sueño de su sangre de pirata.
Porque ella estaría con ustedes, única en el espíritu,
furiosa sobre los cadáveres desnudos de sus víctimas en los
mares.

Ella los habría acompañado en sus crímenes
y en la orgía oceánica,
su espíritu de bruja danzaría invisible entre los movimientos
de sus cuerpos, de sus cuchillos, de sus manos estranguladoras.
Y ella esperándolos en tierra cuando llegaban, si acaso llegaban,
bebería en los rugidos de ese amor todo el vasto,
todo el denso y siniestro perfume de sus victorias,
y a través de sus espasmos entonarían un Sabbat enrojecido y
amarillo.

La carne herida, abierta y destripada, con la sangre
derramándose.

Ahora, en el auge preciso de soñar lo que ustedes hacían,
acercándome todo a mí, ya no les pertenezco, soy ustedes,
ya mi femineidad que los acompaña es ser sus almas.
Estar dentro de toda su ferocidad, cuando la liberaban,
beber dentro de la conciencia sus sensaciones

cuando teñían de sangre altamar
y cuando arrojaban a los tiburones
los cuerpos aún vivos de los heridos, la carne sonrosada de los
niños

y llevaban a las madres a mirar por la borda lo que les ocurría.
Estar con ustedes en la carnicería, en el pillaje,
orquestrado en la sinfonía de los saqueos.
Ah, no sé, no sé cuánto quisiera ser para ustedes.
No sólo ser una hembra, ser las hembras, las víctimas,
las víctimas —hombres, mujeres, niños, naves—,
no sólo ser la hora y los barcos y el oleaje,
no sólo ser sus almas, sus cuerpos, su furia, su posesión,
ni concretamente ser su hecho abstracto de orgía,
no es sólo esto lo que yo quisiera ser —es más que esto:

Dios-Esto.

Porque es preciso ser Dios, el Dios de un culto contrario,
un Dios monstruoso y satánico, Dios de un panteísmo de sangre
que pueda colmar en toda su medida mi furor imaginativo
y que nunca logre agotar mi ansia de identificarme
con cada uno y con todo y con el Más-Todo de sus victorias.

Ah, tortúrenme para satisfacerme.

Hagan de mi carne el aire que sus cuchillos atraviesan
antes de caer sobre las cabezas y las espaldas.
Que sean mis venas los vestidos que las dagas traspasan,
mi imaginación el cuerpo de las mujeres que violan,
mi inteligencia el combés donde luchan de pie, matando,
y toda mi vida —en su conjunto nervioso, histérico, absurdo—
el gran organismo cuyas células conscientes
fuera cada acto de piratería cometido
—y todo yo un torbellino como una inmensa pudrición del
oleaje, ah, y ser todo esto.

Con pavorosa velocidad, desmedido,
el mecanismo febril de mis visiones que se transbordan
gira ahora que es apenas mi conciencia, mi volante,
un nebuloso círculo agobiado en el aire.

*Fifteen men on the Dead Man's Chest.
Yo-ho ho and a bottle of rum!*

Eh-laho-LaHO ---lahá-á-áá ---ááá . . .

Ah, lo salvaje de este salvajismo. Mierda
toda la vida que no es esto, como la nuestra.
Yo, ingeniero, práctico por fuerza, sensible a todo,
aquí, en relación a ustedes cuando estoy detenido y cuando
camino,
también cuando yazgo o cuando, débil, me impongo;
estático, quebrantado, disidente cobarde de su gloria,
de su gran poder estridente, encendido y sangriento.

Arre, por no actuar de acuerdo con mi delirio.
Arre, por andar siempre aferrado a las enaguas de la civiliza-
ción.

Por andar con la *douceur des moeurs* a cuestras, como un fardo
de olanes.

Niños de aceras —todos lo somos— del humanitarismo mo-
derno.

Estupores de tísicos, de neurasténicos, de linfáticos,
sin coraje para ser violentos y audaces,
con el alma como gallina amarrada por una pierna.

Ah, los piratas, los piratas.

El ansia de lo que es ilegal y feroz,
el ansia de las cosas crueles y abominables
que como brama abstracta roe nuestros débiles cuerpos,
nuestros nervios femeninos y delicados,
y nos enloquece con incontenibles fiebres la mirada vacía.

Oblíguenme a arrodillarme ante ustedes.
Humíllenme y golpéenme.

Hagan de mí su esclavo, algo suyo,
y que su desprecio jamás me abandone,
oh, mis señores, mis señores.

Siempre tomar gloriosamente la parte sumisa
en los hechos sangrientos y en las sensualidades desatadas.
Derriben sobre mí, como grandes, pesados muros,
las barbaries del antiguo mar.

De este a oeste de mi cuerpo
esparzan la sangre de mi sangre,
besen con cuchillos y látigos y furia
mi alegre terror carnal de pertenecerles,
mi ansia masoquista de ofrecerme a su furor,
de ser el objeto inerte que siente su omnívora crueldad,
señores, dominadores, emperadores, corsarios.

Ah, tortúrenme,
acuchíllenme y ábranme,
deshecho en pedazos conscientes
frótenme en los combés,
esparzanme en los mares, déjenme
en las ávidas playas de las islas.

En mí ceben todo mi misticismo suyo,
cincelen la sangre de mi alma
y abran, hieran.

Oh, tatuadores de mi corporal imaginación,
amados desolladores de mi sumisión carnal.
Sométanme como se mata un perro a patadas,
hagan de mí el pozo para su desprecio de dominadores.

Háganme todas sus víctimas.

Como Cristo sufrió por todos los hombres, quiero sufrir
por todas las víctimas que cayeron bajo sus manos,
sus manos callosas, sangrientas, con dedos cercenados
en salvajes asaltos de amuradas.

Háganme cualquier cosa, como si fuese arrastrado

—oh placer, oh beso de dolor—

arrastrado por caballos que ustedes fustigan . . .

Pero esto en el mar, todo esto en el ma-a-a-ar, esto en el
MA-A-A-AR

Eh-eh-eh-eh Eh-eh-eh-eh-eh-eh Eh-EH-EH-EH-EH-EH-
EH En el MA-A-A-A-AR

Yeh eh-eh-eh-eh-eh Yeh-eh-eh-eh-eh-eh Yeh-eh-eh-eh-eh-eh-
eh-eh

Todo grita. Gritan vientos, oleaje, barcos,
mares, gavias, piratas, mi alma, la sangre y el aire, y el aire.
Eh-eh-eh-eh. Yeh-eh-eh-eh-eh-eh. Yeh-eh-eh-eh-eh-eh Todo
canta gritando

FIFTEEN MEN ON THE DEAD MAN'S CHEST.



YO-HO-HO AND A BOTTLE OF RUM!

EH-ch-ch-ch-ch-ch Eh-ch-ch-ch-ch-ch Eh-ch-ch-ch-ch-ch
eh

Eh-laho-laho-laHO-O-oo-lahá-á ---ááá

AHO-O-O-O-O-O-O-O-O-O---yyy...

SCHOONER AHO-O-O-O-O-O-O-O-O-O ---yyyy...

Darby M'Graw-aw-aw-aw-aw-aw

DARBY M'GRAW -AW-AW-AW-AW-AW-AW

FETCH A-A-AFT THE RU-U-U-U-U-UM? DARBY!

Eh-ch-ch-ch-ch-ch-ch-ch-ch-ch-ch!

EH-EH- EH-EH-EH-

EH-EH-

EH-EH-

EH-EH-EH!

EH-EH-EH-EH-EH-EH-EH-EH-EH-EH-

EH-EH!

EH-EH-EH-EH-EH-EH-

EH-EH-EH-EH-EH-EH!

EH-EH-EH-EH-EH-EH-EH-EH-EH-EH!

Algo se rompe en mí.

El enardecimiento ha anochecido.

Sentí en exceso: no puedo ya continuar sintiendo.

Se hundió mi alma y dentro de mí sólo quedó un eco.

Decrece notablemente la velocidad del volante.

Salen un poco los sueños en las manos de los ojos.

Dentro de mí sólo hay un vacío, un desierto, un mar nocturno.

Y al sentir el mar nocturno dentro de mí

sube de sus lejanías, nace de su silencio

otra vez, otra vez el vasto grito antiquísimo,

de repente, como un relámpago de sonido que no es un es-

trueno sino ternura,

abarcando súbitamente todo el horizonte marino

húmedo y sombrío, humano, marino y nocturno,

voz de sirena distante llorando, llamando,

que viene del fondo de la Lejanía, del fondo del Mar, del
alma de los Abismos,

y a su tono, como algas, boyan mis sueños desechos...

Ahó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó ---yy...

Schooner ahó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó ---yy...

Ah, sobre mi excitación el rocío:

La frescura nocturna en mi océano interior.

He aquí, ante una noche en el mar

llena de enorme misterio humano de las olas nocturnas,

todo está en mí de pronto.

La luna sube en el horizonte

y mi infancia feliz despierta en mí, como una lágrima.
Mi pasado resurge como si ese grito marítimo
fuese un aroma, una voz, el eco de una canción
que busca en mi pasado
aquella felicidad que nunca más volveré a tener.

Era en la vieja casa sosegada a la orilla del río...
(las ventanas de mi cuarto y las del comedor
daban, por encima de unas casas bajas al río cercano,
al Tajo, este mismo Tajo, pero en otro punto, más distante...
Si yo ahora llegase a la misma ventana no llegaría a la misma
Ventana.
Aquel tiempo pasó como el humo de un vapor en altamar...)

Una inexplicable ternura,
un remordimiento conmovido y lloroso
por todas aquellas víctimas —especialmente los niños—
que imaginé hacer al soñarme un antiguo pirata.
Una emoción conmovida porque fueron mis víctimas;
pero tierna y suave, porque no lo fueron realmente.
Una ternura confusa, como un vidrio empañado, azulado.
canta viejas canciones en mi pobre alma dolorida.

Ah, ¿cómo pude pensar, soñar aquellas cosas?
Qué diferente soy de lo que fui hace unos momentos.
Histeria de sensaciones —primero éstas, después sus contrarias.
En la mañana rubia que se levanta como mi olvido
sólo escoge las cosas de acuerdo con esta emoción
—el murmullo de las aguas,
el leve murmullo de las aguas del río al encontrarse con el
muelle...

La vela pasando al otro lado del río,
los montes lejanos, de un azul japonés,
las casas de Almada,
y lo que hay de suavidad y de infancia en la hora matutina...

Una gaviota pasa
y mi ternura es mayor.

Pero en nada he reparado durante este tiempo.
Todo fue una impresión de la piel, como una caricia.
Todo este tiempo no quité la vista de mi sueño lejano,
de mi casa al pie del río,
de mi infancia al pie del río,
de la ventana de mi cuarto que en la noche daba al río
y la paz del lugar esparcida en las aguas...
Mi vieja tía que me amaba a causa de un hijo que perdió.
Mi vieja tía acostumbraba cantarme para que yo durmiera
(si bien ya era yo un poco grande para eso)...
Recuerdo y las lágrimas caen sobre mi corazón y lo lavan de
la vida,

y se levanta una leve brisa marina dentro de mí.
A veces ella cantaba la "Nao Catrineta":

*Allá va la Nao Catrina
sobre las aguas del mar...*

Y otras veces, una melodía muy melancólica y tan medieval,
la "Bella Infanta"... Recuerdo, y la pobre vieja voz se levanta
dentro de mí.

Recuerdo que muy poco la recordé después, y ella que me
amaba tanto.

Qué ingrato fui con ella —y finalmente, ¿qué hice yo con la
vida?

Era la "Bella Infanta"... Yo cerraba los ojos y ella cantaba:

*Estando la Bella Infanta
en su jardín sentada*

Yo abría un poco los ojos y veía la ventana llena de luna
y después cerraba los ojos otra vez, y con esto era feliz.

*Estando la Bella Infanta
en su jardín sentada
su peine de oro en la mano
sus cabellos peinaba*

Oh, mi pasado de infancia, muñeco que me rompieron.

No poder viajar al pasado, a aquella casa y a aquel cariño,
y siempre quedar allí, siempre contento y siempre niño.

Pero esto fue el pasado —linterna en una esquina de calle
vieja.

Pensar en esto me da frío, hambre de algo que no puede ob-
tenerse.

Me da remordimiento pensar en esto.

Oh, torbellino lento de sensaciones opuestas,
vértigo suave en el alma por causas confusas.

Furias rotas, ternuras como cordeles con que los niños brin-
can,

gran abatimiento de la imaginación en los ojos de los sentidos,
lágrimas, lágrimas inútiles,
suaves brisas de contradicción recorriendo la faz del alma...

Evoco, para salir de esta emoción, por un esfuerzo
voluntario,

con un esfuerzo desesperado, marchito, inútil,
la canción del Gran Pirata cuando estaba muriendo:

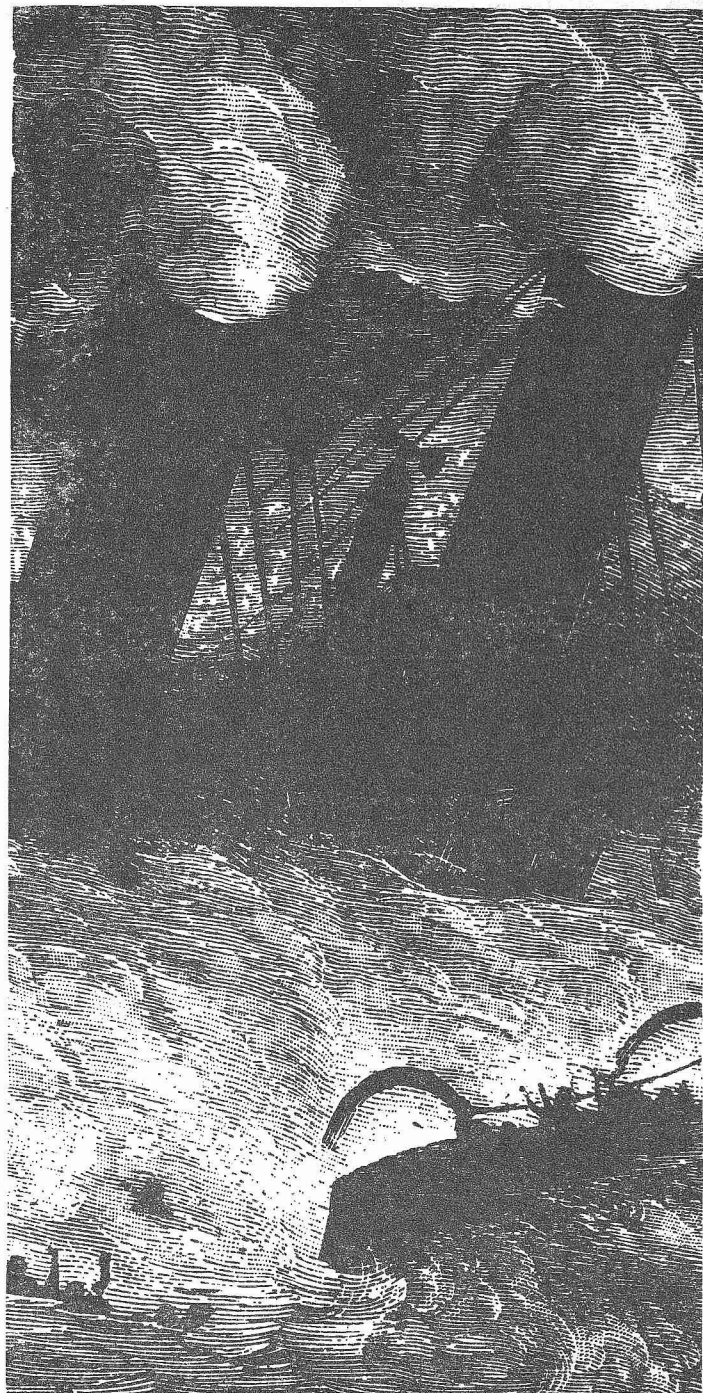
*Fifteen men on the Dead Man's Chest.
Yo-ho-ho and a bottle of rum!*

Mas la canción es una línea recta mal trazada en mi interior...

Me esfuerzo y otra vez logro traer ante mis ojos del alma, otra vez, pero con una imaginación casi literaria, la furia de la matanza, de la piratería, el apetito del saqueo que se paladea, de la carnicería inútil de mujeres y de niños, de la frívola tortura de los pasajeros pobres hecha por distracción y de la sensualidad de romper y destruir las cosas más amadas de los otros, pero sueño todo esto con miedo, como si alguien respirase de pronto sobre mi nuca.

Recuerdo que sería interesante ahorcar a los hijos frente a las madres (sin querer me siento las madres de ellos), enterrar vivos en las islas desiertas a los niños de cuatro años y llevar a los padres en lanchas hasta allá, para verlos (me estremezco, y recuerdo un hijo que no tengo y que está durmiendo tranquilo en casa).

Aguijón de un ansia fría de crímenes marinos, de una inquisición sin la disculpa de la Fe, crímenes ni siquiera como razón de ser de la maldad o la furia, hechos fríamente, ni siquiera por herir o por el mal, ni siquiera para divertirnos: apenas para pasar el tiempo igual que uno pasa el rato en un comedor de provincia con la servilleta tirada al otro lado de la mesa después de comer, sólo por el suave gusto de cometer crímenes abominables y no considerarlos gran cosa, de ver sufrir hasta la locura y la muerte-por-el-dolor pero nunca llegar más allá... porque mi imaginación rehúsa acompañarme. Un escalofrío me contrae. Y de pronto, pero más repentinamente que la otra vez, de más lejos, de más hondo, de pronto —oh pavor por todas mis venas— el frío súbito de la puerta del Misterio que dentro de mí se abrió y dejó pasar una corriente de aire. Recuerdo a Dios, lo trascendental de la vida, y de pronto la vieja voz del marino Jim Barns, con quien hablaba, convertida en la voz de ternura misteriosa de mi interior, de esas pequeñas cosas de regazo de madre y cinta de cabello de hermana,



pero asombrosamente venida del más allá de la apariencia de las cosas,
la voz sorda y remota convertida en la Voz Total, la Voz sin Boca,
venida por fuera y por dentro de la soledad nocturna de los mares,
llama por mí, llama por mí...

Viene sordamente, como si estuviese sofocada y aún se oyese, lejanamente, como si estuviese en otro lugar y no la pudiéramos oír,
como un líquido guardado, una luz que se apaga, un aliento silencioso,
de ningún sitio del espacio, de ningún lugar en el tiempo, el grito eterno y nocturno, el soplo hondo y confuso:
Aho-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó ---yyy...
Ahó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó --- ---yyy...
Schooner ah-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó-ó --- ---yy...

Tiemblo por un frío del alma que recorre mi cuerpo.
De pronto abro los ojos, que no tenía cerrados.

Ah, qué placer por fin salir de los sueños.
He aquí de nuevo al mundo real, tan bondadoso para los nervios.
Aquí, en esta hora matutina cuando entran en el puerto los paquebotes que arriban temprano.

No me importa ya el paquebote que entra: aún está lejos.
Ahora lo que esté cerca me eleva el alma.
Mi imaginación práctica, higiénica, poderosa,
comienza en este momento a ocuparse con las cosas modernas y útiles,
con los cargueros, con los paquebotes y los pasajeros,
con las modernas cosas inmediatas, potentes, comerciales, verdaderas.
Modera su giro en mi interior el volante.

Moderna vida marítima.
Toda limpieza, higiene, máquinas.
Todo tan bien arreglado, tan naturalmente ajustado:
las piezas de las máquinas, las naves por los mares,
todos los procesos comerciales de exportación e importación combinándose perfectamente,
corriendo todo como por leyes naturales,
ninguna cosa chocando con otra.

Nada perdió la poesía. Y están además las máquinas ahora con su poesía, y también esa nueva vida sentimental, comercial, intelectual, mundana,
que infundieron las máquinas en las almas.
Como antes, los viajes son bellos,

y un barco siempre será bello sólo por ser un barco,
Viajar todavía es viajar y lo lejos está donde siempre estuvo
—en ninguna parte, gracias a Dios.

Los puertos están llenos con vapores de muchas especies. Pequeños, grandes, con diferentes disposiciones de vigías, de tan deliciosamente tantas compañías de navegación. Vapores diferentes en la destacada separación de los anclamientos.

Tan agradable su garbo estático de cosas comerciales que se desplazan en el mar,
en el viejo mar siempre homérico, oh Ulises.

La mirada humana de los faros en la distancia de la noche, y el faro repentinamente cercano en la noche muy oscura ("Qué cerca de la tierra estábamos pasando". Y el sonido del agua hablándonos al oído)...

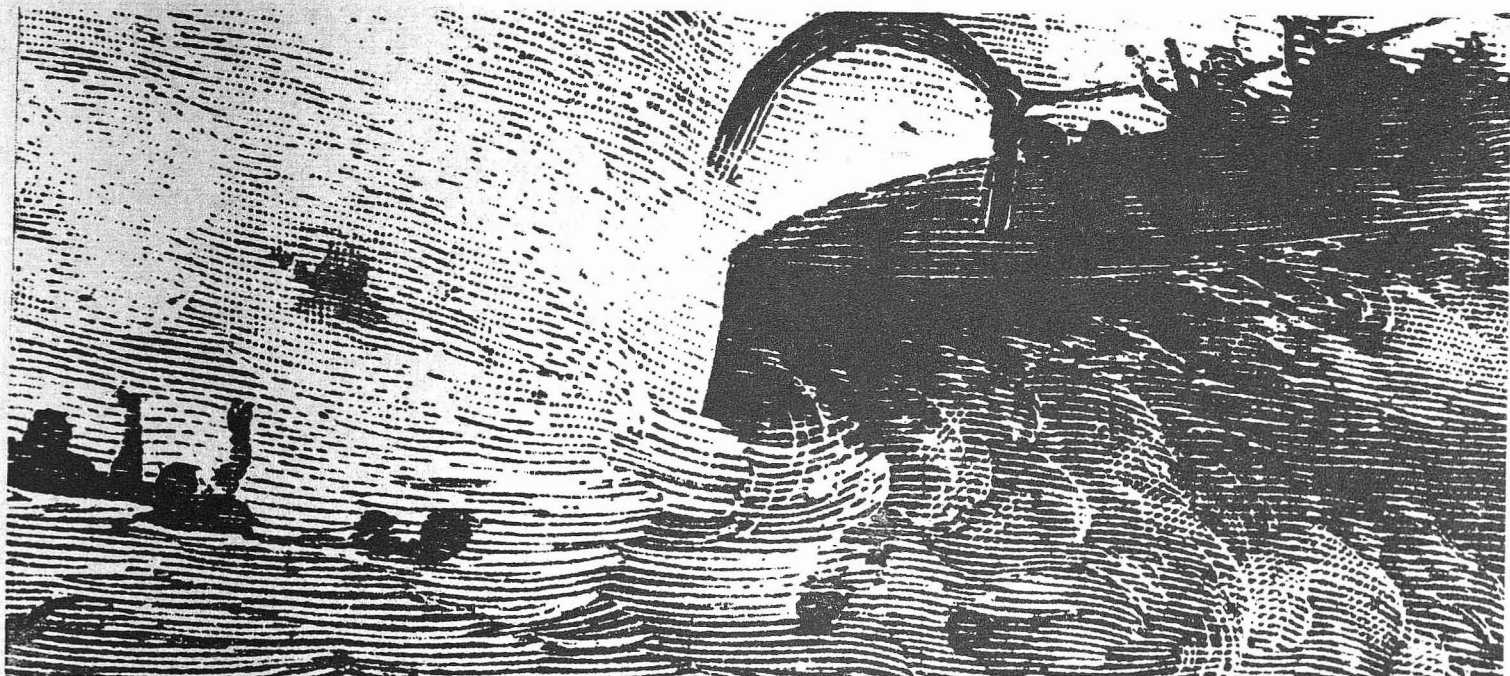
Todo es hoy como siempre, y ahora además hay comercio. Y el destino comercial de los grandes vapores me envanece de mi época.

La gente a bordo de los barcos de pasajeros me produce el orgullo de vivir en un tiempo donde es fácil el mestizaje de las razas y se transponen espacios para ver todas las cosas, viviendo con la realidad de los sueños.

Limpios, reglados, modernos como un escritorio con *clips* en redes de hilo amarillo,
mis sentimientos, comedidos ahora y naturales, como de *gentlemen*,
son prácticos, ajenos a desvaríos.
Lleno de aire marino los pulmones,
como gente perfectamente consciente de cómo es saludable respirar la brisa del mar.

El día ha avanzado ya hasta horas de trabajo.
Comienza todo a moverse, a regularizarse.
Con gran placer natural, directo, repaso con el alma todas las operaciones comerciales que necesita un embarque de mercancías.
Mi época es el sello que llevan todas las facturas, y siento que todas las cartas de todos los escritorios debían estar dirigidas a mí.

Un grado de abordó posee tanta singularidad y es hermosa como una asignatura de comandante de la nave.
Rigor comercial de principio a fin en las cartas:
Dear Sirs —Messieurs —Amigos y Señores;
Yours faithfully —... nos salutation empressées...
Esto es humano y limpio, y por eso es bello,
y su fin es un destino marítimo, un vapor donde embarcan



las mercancías de que las cartas y facturas trataron.
Ah, complejidad de la vida. Las facturas son escritas por gente que vive amores, odios, pasiones políticas, a veces crímenes —pero son tan cuidadas, tan bien escritas, tan ajenas a esto.

Hay quien mira una factura y no siente esto.
Con seguridad que tú, Cesario Verde, lo sentías.
Yo, hasta las lágrimas lo siento humano.

Vengan a decirme que no hay poesía en el comercio, en los escritorios.

Ahora entra por toda la piel. La respiro con este aire marino. Pero esto viene con motivo de los vapores, de la navegación moderna.

Pues las facturas y las cartas comerciales son el principio de la historia,
y las naves que llevan las mercancías por el mar eterno son el fin.

Ah, y los viajes, los viajes de recreo o cualesquier otros, los viajes por mar donde somos compañeros de una manera especial, como si un misterio marino uniese las almas y nos convirtiera por un momento en patriotas efímeros de una inconstante patria que eternamente se desplaza en la inmensidad de las aguas. Grandes hoteles del Infinito, oh trasatlánticos míos.

Con el cosmopolitismo total, perfecto, de nunca detenerse en un punto pero conteniendo todas las formas de vestidos, de caras, de razas.

Los viajes, los viajeros —cuánta variedad de ellos, cuántas nacionalidades sobre el mundo, y profesiones, gentes. Diversos destinos que se dan en la vida, la vida que en el fondo es siempre la misma. Cuántas caras raras. Todas las caras son raras y nada posee tanta religiosidad como mirar mucho a la gente. La fraternidad no es una idea revolucionaria, es algo que la gente aprende en su vida diaria, donde tiene que tolerar todo, y en ocasiones encuentra agrado en lo que tiene que tolerar, y un día acaba por llorar de ternura sobre lo que toleró.

Esto es bello, es humano, abraza nuestros sentimientos humanos, tan convenientes y burgueses, tan complicadamente sencillos, tan metafísicamente tristes. La vida inestable, diversa, acaba por educarnos en lo humano. Pobre gente, pobre gente toda la gente.

Me separo de esta hora en el cuerpo de esa nave que ahora va saliendo. Es un *tramp-steamer* inglés,

muy sucio, como si fuese una nave francesa,
con un aire simpático de proletario de los mares,
y sin duda anunciado ayer en la última página de los periódicos.

Me entenece el pobre vapor, va tan humilde y tan natural.
Parece tener un cierto escrúpulo no sé en qué, ser persona
honrada,

muy cumplida en alguna de tantas especies de deberes.
Allá va dejando el lugar frente al muelle, donde yo estoy.
Allá va tranquilamente, pasando donde las naves estuvieron
en otro tiempo, en otro tiempo...

¿Hacia Cardiff? ¿Hacia Liverpool? ¿Hacia Londres? No
importa.

El hace su deber. Así nosotros hacemos el nuestro. Hermosa
vida,

Buen viaje. Buen viaje.

Buen viaje, mi pobre amigo casual, que me hiciste el favor
de llevar contigo la fiebre y la tristeza de mis sueños,
de restituirme a la vida para verte pasar.

Buen viaje. Buen viaje. Esto es la vida...

Cuán natural es tu aplomo, inevitablemente matutino,
al salir hoy del puerto de Lisboa.

Siento un curioso cariño, grato, por eso.

¿Por cuál eso? Allá sé lo que es... Va... Pasa...
con un ligero estremecimiento

(T-t-t-t-t-t-t...).

Dentro de mí se detiene el volante.

Pasa, lento vapor, pasa y no permanezcas...

Pasa de mí, pasa de mi vista,

véte de dentro de mi corazón,

piérdete en la Lejanía, en la Lejanía (bruma de Dios).

piérdete, sigue tu camino y déjame...

¿Quién soy para que llore o interroge?

¿Quién soy para que te hable y te ame?

¿Quién soy para que me duela mirarte?

Se aleja del muelle, crece el sol, levanta su oro,

brillan los tejados de los edificios del muelle,

todo este lado de la ciudad brilla...

Parte, déjame,

sé ahora la nave en medio del río, destacada y nítida,

después la nave saliendo del puerto, pequeña y cercana,

después el vago punto en el horizonte —oh angustia mía—,

un punto cada vez más vago en el horizonte...

después nada, y sólo yo y mi tristeza,

y la gran ciudad ahora llena de sol

y la hora real y desnuda como un muelle ya sin naves,

y el giro lento del guindaste que, como un compás que gira,

traza un cemicírculo de no sé que emoción

en el silencio conmovedor de mi alma...

